



CAPÍTULO 1

● —————
El movimiento indígena en la perspectiva de los movimientos
sociales de arraigo cultural

¿ Cómo citar este capítulo ? _____

Osorio Campo, C. (2018). El movimiento indígena en la perspectiva de los movimientos sociales de arraigo cultural. En *Pueblos indígenas, paz y conflicto* (pp. 10-41). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

DOI

CAPÍTULO 1

El movimiento indígena en la perspectiva de los movimientos sociales de arraigo cultural

En este capítulo se hace una descripción y balance de las principales posturas teórica en torno a los movimientos sociales tratando de sustentar una apuesta teórica para la consideración del movimiento indígena colombiano. En tal sentido se ofrecen conceptualizaciones desde la perspectiva de autores contemporáneos que bien sea desde la teorización o desde el análisis empírico construyen una postura epistemológica respecto al fenómeno de la acción colectiva a través de movimientos sociales.

Los movimientos sociales y la movilización en Colombia han experimentado cambios que dan cuenta de la respuesta a las coyunturas sociales y políticas, y de la incorporación en la lectura de la movilización social de enfoques que van más allá de la identificación con los elementos materiales y de clase exclusivamente, de las luchas sociales. Los actores de los movimientos han venido cambiando. De ser actores definidos por la pertenencia a una clase dada por su relación con la producción y el capital, a ser actores policlasistas definidos por elementos culturales identitarios. Las demandas de estos actores han transitado de lo material visto como carencia, al ámbito de la universalización del derecho, la incursión en la política más allá de lo electoral y la postulación de reivindicaciones de orden cultural ligadas a la pertenencia y la identidad de los actores. En la actualidad la relación entre lo social y lo político es, en los actores de los movimientos sociales y en sus acciones, más evidente y necesaria porque en las luchas sociales convergen cada vez más ambas esferas; y ante la posible crisis de institucionalización en el país y la pérdida del centro político en éste, el desarrollo y madurez de los movimientos sociales y su convergencia con actores políticos también maduros, permitirá llevar al escenario político las frustradas aspiraciones de los sectores sociales en el país.

La tendencia mencionada en la lucha social en Colombia, es el resultado de diversos factores como: la pérdida de confianza de los sectores sociales respecto a los partidos políticos de izquierda y de derecha, las presiones políticas y la violencia contra los actores populares, la preponderancia de la agenda de paz en la dinámica social y política del país, el descuido de lo social por parte de los gobiernos, la militarización de lo político desde el privilegio de los temas de guerra por encima de lo social, la focalización de la guerra en torno a los recursos económicos y la visibilización de la inequidad presente en estos territorios por parte de los actores sociales. La actual coyuntura ofrece como elementos característicos del nuevo accionar de los movimientos sociales su configuración a partir de la globalización económica en Colombia a la que las luchas sociales ofrecen como correlato la globalización de sus temas y demandas, de los actores colectivos y de las solidaridades. El conflicto armado si bien se ha

debilitado en tanto ha golpeado a las organizaciones sociales, ha propiciado acciones contundentes de resistencia civil y ha puesto en primera plana la exigencia de una solución negociada al conflicto social y armado.

Hay una convergencia entre la lucha social y las zonas en las que existen recursos económicos y sociales que son expresión de nuevas formas de riqueza. La protesta social es allí denuncia, más que de carencia material, de inequidad. Hace falta mencionar que esa correspondencia entre lucha social y riqueza es también la correspondencia entre guerra y riqueza y guerra y lucha social. El conflicto armado se ha ubicado privilegiadamente en donde hay riqueza y en donde hay lucha social. Así, en buena medida el proyecto paramilitar, triunfador en el panorama electoral y político, lo mismo que en la agenda de paz del gobierno Uribe ostenta el logro de desvertebrar la lucha social que denuncia la inequidad en las zonas de riqueza. Con el triunfo del proyecto paramilitar triunfa la inequidad. El autor menciona que en algunos territorios y épocas los actores armados, incluso con el apoyo de la población civil, han impuesto un cierto tipo de orden. El orden "paraestatal" es una estrategia desplegada por el Estado para consolidar ese proyecto de inequidad denunciado por los movimientos sociales. El apoyo civil a las organizaciones ilegales no es el único factor "para-estado", es tal vez el principal factor determinante del para-estado la utilización por parte del Estado de la estrategia paramilitar como forma de acceder al poder y de consolidar un modelo económico, social y político. Finalmente, la alianza entre guerrilla y movimientos sociales es cada vez menos frecuente, hay que decir que hoy la alianza entre lo social y lo político tiene alguna relación con el intento de cooptación de las luchas sociales por parte de intereses sectoriales de la izquierda política como de la insurgencia armada. Las más recientes tentativas de movilización social han sufrido reverses importantes por la disputa de las fuerzas políticas de la izquierda que continúan reclamando para sí el abanderamiento de todas las fuerzas sociales populares.

Se evidencia la fuerza que van tomando los movimientos ligados a lo cultural como el indígena, la politización de lo social y la globalización de actores y demandas. Hay que anotar que en este preciso momento de la historia de la movilización social en Colombia los indígenas han logrado convocar en torno al proyecto de Minga a muchas de las fuerzas sociales en el país. De igual manera se ofrece como un importante tema de movilización el de la salud. Los movimientos que luchan por la defensa de la salud pública y por su constitución como derecho fundamental están convocando a diversas fuerzas sociales. Así en torno a la salud están movilizándose sectores obreros, étnicos, agrarios, estudiantiles e incluso agremiaciones de profesionales. En torno a la Minga social impulsada desde los sectores indígenas se está dando por su parte la mayor convergencia de actores. Hay entonces un momento fuerte de articulación de temas y actores sociales. Sin embargo se mantienen las diferencias, disputas y oportunismos políticos en el seno de la izquierda y la amenaza de fraccionamiento de las luchas sociales por cuenta de los intentos de cooptación de la movilización por parte de sectores de la izquierda tradicional y de la insur-

gencia armada. El buen momento que pueda estar atravesando en materia de resurrección del potencial movilizador, la lucha social exige de parte de los actores de los movimientos sociales el alcanzar relaciones maduras con la izquierda política manteniendo su autonomía y sin hipotecar sus proyectos. Así la convergencia entre lo social y lo político puede llegar a concretarse con la llegada a las discusiones políticas de los temas de las agendas de los movimientos sociales.

Los movimientos sociales y la movilización en Colombia han experimentado cambios que dan cuenta de la respuesta a las coyunturas sociales y políticas, y de la incorporación en la lectura de la movilización social de enfoques que van más allá de la identificación con los elementos materiales y de clase exclusivamente, de las luchas sociales. Este es el caso del movimiento indígena. Los actores de los movimientos han venido cambiando. De ser actores definidos por la pertenencia a una clase dada por su relación con la producción y el capital, a ser actores definidos también por elementos culturales identitarios. Las demandas de estos actores han transitado de lo material visto como carencia, al ámbito de la universalización del derecho, la incursión en la política más allá de lo electoral y la postulación de reivindicaciones de orden cultural ligadas a la pertenencia y la identidad de los actores.

Los movimientos sociales en Colombia han venido jugando un papel de canalización de banderas y reivindicaciones de los sectores sociales que no se han sentido ni recogidos ni representados por los partidos tradicionales, ni por los nuevos partidos políticos emanados de las más recientes reformas a la participación política. Las características que van tomando los movimientos sociales en Colombia obedecen a factores como la pérdida de confianza de los sectores sociales respecto a los partidos políticos tradicionales de izquierda y de derecha, las presiones políticas y la violencia contra los actores populares; el descuido de lo social por parte de los gobiernos, la militarización de lo político desde el privilegio de los temas de guerra por encima de lo social, la focalización de la guerra en torno a los recursos económicos y la inequidad presente en los territorios en donde se extraen las riquezas. Los movimientos sociales han trabajado y vienen trabajando por el impulso de transformaciones sociales contando con la participación de sujetos sociales de base y arraigo popular en un intento además por romper con la exclusión y marginación que impone el panorama descrito, por superar algunas lógicas propias de los partidos políticos y de la misma dinámica de la participación política propuesta desde los gobiernos y el Estado.

Es relevante dar una mirada de la manera en que desde la teoría se analiza la relación entre los movimientos sociales y las fuerzas políticas, tanto en escenarios mundiales como en contextos particulares de América Latina. La revisión de algunos estudios particulares también irá en la dirección de tener una mirada de esta relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas de izquierda.

Alain Touraine. Los movimientos de arraigo cultural

Pese a tener una mirada de varias perspectivas teóricas se hará énfasis en la que se ha seleccionado para este trabajo. La perspectiva teórica que considera a los movimientos sociales como actores que están más determinados en su identidad por elementos de orden cultural y cuyas acciones interpretan la defensa de valores que hacen parte de su carácter diferencial, pero que en la lucha misma de los movimientos sociales, se pueden instituir en valores para el conjunto de la sociedad. En este sentido se asume el planteamiento de Touraine quien considera que en el mundo contemporáneo los sujetos se configuran como tales en tanto son portadores de derechos que pueden reconocer otros actores, bien sea como enemigos o bien como aliados, en la lucha por configurarse como sujetos de derechos. En esta línea de acción y de interpretación se puede inscribir el movimiento indígena colombiano, en tanto actor que se transforma en sujeto en la medida en que se reconoce violentado en sus derechos y poseedor de unas características diferenciales de identidad que han de ser reconocidas, respetadas e incluidas en la construcción del derecho de todos los colombianos.

Como ya se ha indicado, son varias las interpretaciones teóricas sobre los movimientos sociales. Se recogerán de manera general algunas de ellas para dar cuenta de la manera en que se ha estudiado el fenómeno.

El interaccionismo

La corriente del interaccionismo simbólico ubica la acción de los movimientos sociales desde la creatividad desplegada por actores sociales. Esta interpretación aleja los movimientos de sus contornos sociales y ubica su acción más en la voluntad de los sujetos (Riechmann y Fernández, 1994).

El funcionalismo

Parsons introduce una explicación desde el funcionalismo estructural. Los movimientos se originan en las tensiones propias del desarrollo de los subsistemas. Como tal obedecen más a las disfunciones en los mismos. Los actores de los movimientos son actores marginados y sus prácticas no son institucionales. En esta línea Smelsen y Kornhauser presentan a los movimientos sociales como conductas contestatarias desde agentes marginados, motivados por la privación y por el deseo de incorporación a la modernidad (Torres, 1997). La irracionalidad motiva las acciones de los individuos vinculados a la acción colectiva. Los movimientos son vistos como reacción a las crisis en el sistema, producidos por factores externos al mismo. Esta perspectiva no logra dar cuenta de los procesos de formación de los movimientos y de los elementos de identidad presentes en el mismo (Múnera, 1993), elementos que son considerados de primer orden para la mirada del Movimiento Indígena en Colombia, que es lo que en el presente trabajo interesa.

Jean L. Cohen

Jean L. Cohen, considera la existencia de dos tipos de acción colectiva: el comportamiento institucional convencional y el no institucional colectivo. Este último no obedece a normas sociales existentes, se ubica en la marginalidad y es el propio de los movimientos sociales. Según los modelos de privación relativa, las capas marginadas o excluidas reaccionan a la privación de que son víctimas y exigen el acceso a los derechos. Esta interpretación de los movimientos sociales ofrece carencias para explicar el tipo de actor presente en los movimientos que no pertenece a las márgenes sino al centro y es beneficiario del orden existente (Riechmann y Fernández, 1994).

La elección racional

Las teorías de la elección racional plantean que los movimientos sociales se organizan, sin estar institucionalizados, con una racionalidad similar a la de los individuos que se encuentran institucionalizados, siguiendo una lógica de costo beneficio. Es decir que la elección a la hora de la acción obedece al juicio sobre las ganancias y al balance en relación con los costos de la acción misma. La teoría de la movilización de recursos indaga por las características de la movilización, es decir por las condiciones que la hacen posible, por las organizaciones y los dispositivos que generan la movilización. Desde esta perspectiva los colectivos sociales buscan la defensa de sus intereses (Torres, 1997). Independientemente de la acción y su convencionalidad o institucionalidad, esta se calcula desde una lógica similar a la económica. Los individuos vinculados a las acciones colectivas buscan el alcance de objetivos precisos en cuya consecución movilizan recursos sociales. Dentro de los intereses que persiguen los actores está la participación en el sistema político para poder usarlo a favor de sus intereses. Desde esta comprensión quedan sin abordar temas como la naturaleza social de los actores, el paso de la conducta individual a la colectiva, la identidad colectiva y el elemento de orden cultural, (Múnera, 1993) que son, como ya se ha mencionado, elementos de especial importancia en este trabajo.

El tema de la identidad es de especial importancia en el presente trabajo. Lo es también en el marco de unos determinados análisis. Por ejemplo para Melucci, los movimientos sociales son redes en movimiento que involucran individuos ligados afectiva y culturalmente y cuyos niveles de organización no son en ocasiones tan estructurados. En estas redes se vinculan individuos que se ligan por un conflicto y una identidad colectiva (Torres, 1997).

Hacia valores y demandas más allá de lo económico Ronald Inglehart señala que las sociedades de occidente están transitando de reivindicaciones puramente materiales en sus luchas a la demanda en torno a valores calificados como

"posmaterialistas" y que aluden a la participación política y la auto realización personal (Torres, 1997).

Para Offe los movimientos sociales, cuestionaron en la Europa de la posguerra el concepto de política, la cual venía determinada por la democracia liberal, los partidos y el Estado y cuyos temas giraban en torno a lo económico desde el bienestar y la seguridad nacional. Este esquema es el que se va a romper con el neoliberalismo provocando una coyuntura especial en Latinoamérica favorable para los movimientos sociales que como tales, desde la vida de los ciudadanos, venían tratando de extender la vida política al ambiente de la cotidianidad desde discursos y necesidades distintas a lo económico como el género y la etnia, demandando la mirada del Estado y de la sociedad sobre estos temas (Torres, 1997).

Manuel Antonio Garretón (2002) sostiene que la descomposición sociopolítica influye en la modificación de la naturaleza de los movimientos sociales y de su acción. Las crisis de los sistemas políticos, los partidos y los Estados se constituyen para ellos en oportunidades políticas en las que se desarrollan como actores con una mayor autonomía (Garretón, 2002).

Los movimientos sociales surgen en contextos particulares, potenciados por sus elementos de identidad, pero también por factores de su entorno. Cambian en la medida en que cambian las estructuras sociales en las que se enmarcan y el campo político y económico en el que actúan. Poseen además unas estructuras y establecen con otros actores relaciones en los escenarios políticos en los que se da su disputa.

Los nuevos movimientos sociales originados en demandas desde lo cultural

El movimiento indígena, que es el que interesa para este estudio, puede ser analizado desde la perspectiva teórica de los nuevos movimientos sociales, en particular, en lo que tiene que ver con los factores culturales que en él se despliegan a la hora de configurar su identidad individual y colectiva y sus acciones, así como el establecimiento de sus enemigos y aliados. Los movimientos a la hora de la movilización apelan a supuestos culturales compartidos (Tarrow, 1997, p. 33).

En ellos las estrategias organizativas posibilitan el alcance de los objetivos globales. Para esto resulta relevante la organización de las estructuras y funciones de los miembros, el aprovechamiento de los recursos con que se cuenta, las formas de comunicación y las alianzas o distanciamientos con otros actores.

La estructura de oportunidades

Desde los planteamientos del paradigma de estructura de oportunidades políticas se plantea que las personas integran un movimiento como respuesta a las oportunidades que en este ven, y crean a través de la acción política otras oportunidades, bien sea para ellos o para otros sectores. El medio social y el entorno político generan estas oportunidades y hacen que se generen acciones, redes y relaciones de poder distintas, tanto al interior de la organización y en la manera de organizarse de los movimientos, como respecto a agentes externos o a otros actores como el Estado. El Estado es él mismo generador de estas oportunidades que son aprovechadas por los movimientos (Tarrow, 1997, pp. 49-50). Es esta una posibilidad para leer la experiencia del movimiento indígena en Colombia el cual se va a fortalecer a partir de la oportunidad generada por la constituyente de 1991. Tarrow dirá que las cambiantes oportunidades políticas junto con elementos estructurales más estables van a condicionar no solo el surgimiento de movimientos y acciones colectivas, sino el establecimiento de alianzas y redes desplegadas por los movimientos para generar oportunidades para sí y para otros (Tarrow, 1997, p. 148).

Oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los procesos enmarcadores

Mc Adam, Mc Carthy y Zald ofrecen una línea de análisis para considerar las formas de organización y las acciones colectivas desplegadas por los movimientos sociales en su disputa y en su posicionamiento en el escenario político. Estos autores van a plantear que hay tres elementos claves en el análisis, no solo de la conformación o el origen de los movimientos sociales sino en su desarrollo y en llevar a los escenarios de disputa sus repertorios y en la consecución de sus objetivos políticos. Estos tres elementos son: las oportunidades políticas, las estructuras de movilización y los procesos enmarcadores (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999, p. 22).

Los movimientos sociales surgen como resultado de la creación o expansión de oportunidades. Dichas oportunidades pueden obedecer a la vulnerabilidad del estado como consecuencia de acciones colectivas ante las cuales despliega reacciones que generan la estructura de oportunidades. La acción colectiva no solo genera reacción en la estructura estatal o en las estructuras políticas, sino que es capaz de mostrar a diversos actores la posibilidad, a partir de las oportunidades generadas por la acción, del despliegue de diversas acciones por parte de diversos actores (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999, p. 95-99).

Las oportunidades políticas se dan en la interacción entre movimientos sociales y política institucionalizada de manera tal que el tipo de movimiento social que se genera y se configura, depende en buena medida de las oportunidades políticas específicas que lo catalicen. Los movimientos adoptan una u otra for-

ma dependiendo de la gama de oportunidades y constricciones políticas del contexto nacional, esto es, de las características políticas de los estados en los que se inscriben los movimientos sociales. Dichas características son las que hacen que el orden político frente al que actúan los movimientos se convierta en algo vulnerable o receptivo al cambio (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999).

Las estructuras de movilización son los canales a través de los cuales la gente se puede movilizar. Mc Carthy hace referencia a las formas consensuadas de llevar a cabo las acciones colectivas (repertorios tácticos, formas organizativas). La estructura de movilización que se adopte debe estar en función de hacer avanzar los cambios sociales que el movimiento demanda (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999, pp. 205-217). Tiene esto que ver con la infraestructura de las organizaciones capaz de generar acciones de movilización.

De acuerdo a la perspectiva de estos autores, los movimientos sociales extraen su fuerza como motor de cambio social precisamente de las organizaciones que ellos mismos están en capacidad de generar. El análisis de estas estructuras organizativas permite comprender mejor los factores históricos de movilización y predecir los lugares en los que es factible que esta se dé. Las formas organizativas desplegadas por los movimientos guardan estrecha relación con el tipo de movimiento (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999, pp. 25-26).

El reconocimiento de las oportunidades políticas antes mencionadas demanda la existencia de un actor colectivo suficientemente organizado que además esté ligado por la construcción colectiva de significados sobre sí mismo y provisto de unas definiciones sobre sí dadas por la cultura en la que se encuadra su presencia y acción. Esto es lo que los autores van a llamar procesos enmarcadores. Van a plantear además que para que dichos procesos se generen será necesario que las personalidades ligadas a los movimientos tengan acceso a las estructuras o canales de movilización. La ausencia de tales estructuras y del acceso de los sujetos a las mismas condicionará el que en el movimiento se den los presupuestos para la acción colectiva. La ausencia de una organización que sea canal de la movilización imposibilita la consolidación de estructuras de movilización (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999, pp. 31).

En cuanto a la influencia de la cultura y la ideología en la configuración de los procesos enmarcadores de los movimientos sociales Zald va a corroborar la idea de que los factores culturales permean la vida cotidiana. Para el caso de los movimientos sociales plantea que la ideología y los discursos de los movimientos sociales se inscriben en la relación que ellos establecen con los significados preexistentes en los grupos sociales, entre quienes se eleva su acción colectiva. Además de los procesos culturales, resultan importantes los procesos cognitivos implicados en la caracterización e interpretación que los sujetos despliegan para sus acciones. Otro elemento implicado en el análisis de los procesos enmarcadores es el papel de la dramaturgia en las acciones de

los movimientos sociales. Los actores de los movimientos sociales recurren a la dramaturgia y a la retórica para dar forma a sus mundos y convencer a su audiencia (Mc Adam, Mc Carthy y Zald, 1999, pp. 369-376).

De esta manera se analiza la influencia de los elementos culturales en la formulación de repertorios de protesta y en las estructuras de movilización. Se piensa además la correlación que, a través de la historia, se da entre los procesos de ruptura cultural con el surgimiento de oportunidades políticas que los movimientos, desde sus estructuras de movilización, asumen para el alcance de sus objetivos. Si bien desde esta perspectiva teórica se puede analizar el movimiento indígena, en este trabajo se asume un elemento de su carácter de movimiento y es el que tiene que ver con el papel del mismo en el actual contexto colombiano.

Los movimientos antisistémicos

Arrighi, Hopkins y Wallerstein en un análisis que ofrecen de los movimientos antisistémicos van a caracterizarlos desde una comparación entre los llamados nuevos movimientos sociales y los antiguos o primeros movimientos antisistémicos. Los primeros se definen en relación con las estructuras sociales en medio de las cuales emergen, como antiimperialistas, anticapitalistas, de clase y de lucha contra la opresión de clase. Tienen una marcada relación con la lucha de los obreros y desde sus partidos políticos se disputan la conducción del Estado. En esta búsqueda obtienen la mediación de políticos profesionales, lo que acrecienta la subordinación de los movimientos sociales a la estructura de los partidos políticos (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

Los nuevos movimientos sociales rechazan la ortodoxia que plantea la preeminencia de un sujeto o sector de clase que se erige en vanguardia de la revolución y advierten sobre la burocratización y la asimetría en el poder derivadas del triunfo de los movimientos revolucionarios ligados al nacionalismo o al socialismo. La crítica se da en un contexto en el que el estado ya no es el principal moderador de la economía y las relaciones económicas. Por ello los nuevos movimientos sociales van a trasladar el escenario de sus luchas de la disputa por el poder a la búsqueda de condiciones de igualdad y derechos. En este sentido más que la conducción del Estado quieren hacer avanzar la democracia y materializar su avance en la existencia de condiciones de vida dignas para todos. La igualdad que pretenden no es solo estructural sino también ideológica. Se da con ello un desplazamiento de la estructura hacia el sujeto (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

Movimientos sociales definidos desde la identidad cultural

El movimiento indígena en Colombia, que es tal vez en los comienzos del siglo XXI la mayor expresión de movilización social, está jugando un papel determinante en la reconfiguración de la identidad de la nación y lo hace en medio de un contexto de conflicto armado que se prolonga por más de 50 años en el país. Para el presente análisis se pretende dar cuenta precisamente de unos elementos presentes en dicho movimiento como son la identidad, la oposición y la historicidad, atendiendo a que son precisamente estos elementos los que le confieren a este movimiento un carácter preponderante en el panorama político de la nación y los que resultan particularmente significativos en el contexto del conflicto armado en el que se da la acción y la propuesta política del movimiento indígena colombiano. En ello radica la elección de los postulados teóricos de Touraine, de quién se hablará a continuación.

Se entiende, desde los planteamientos de Alain Touraine, a los movimientos sociales como actores colectivos cuyas acciones, desde un alto nivel de organicidad, propenden, y con ellas sus actores, por la conducción del presente histórico. Los movimientos son caracterizados desde este modelo como actores que definen claramente un oponente, que poseen una identidad que se pone además en juego para lograr transformaciones socioculturales que les permitan a estos actores el control de recursos centrales en una determinada sociedad. La acción de estos sujetos es vista en el marco de la existencia de un conflicto en el que ellos actúan como movimiento.

Es común a los movimientos, cada uno desde su particularidad, el impulso de una plataforma particular que evidencia su identidad, los puntos que ubican como contradicción y el tema o modelo que reivindican. Su esencia está dada por la presencia en ellos de una identidad propia, un campo o actor al cual confrontar y una propuesta de sociedad en la que las reivindicaciones particulares se eleven al campo de las construcciones políticas de la sociedad en el marco de un proyecto alternativo.

Touraine, en sus análisis de finales del siglo pasado y comienzos del presente pone a los movimientos sociales en la lucha por construir democracia. Los más recientes postulados de Touraine van a suscribir a los movimientos sociales en esta tendencia a asumir la bandera de sujetos que en la relación con la economía y la sociedad se ven marginados y desprovistos del derecho. Estos sujetos serán los nuevos protagonistas de la acción social. Entre ellos puede ubicarse el movimiento indígena.

Para Touraine los movimientos sociales, en la particular circunstancia de un mundo dominado por un mercado ajeno a las relaciones políticas y sociales, se caracterizan por ser expresiones del sujeto y su conflicto con el mercado y la mercantilización de la vida; más concretamente contra la pérdida de la

identidad, contra el autoritarismo de las lógicas de poder que se despliegan en el mundo. Si bien una acción colectiva puede prefigurar la emergencia de un movimiento social, aunque no siempre sea así, se reconoce la inconfundible presencia de un movimiento social cuando aparece una lucha por el sujeto y sus derechos en el marco de un conflicto en el que éste sujeto se disputa la gestión de los medios de acción (Touraine, 1998).

El análisis de Touraine señala que los movimientos sociales se caractericen de esta manera justo en un momento en que se cae la lógica de subordinación de los movimientos sociales a las luchas políticas, a las vanguardias políticas y a los partidos políticos, en tanto en la mercantilización de la vida los actores sociales y políticos va perdiendo consistencia. Los actuales movimientos sociales difieren de los antiguos movimientos sociales no solo en los objetivos de la acción sino también y sobre todo en la manera de posicionarse en el escenario político y social (Touraine, 1998).

La característica de los movimientos sociales, en el conflicto contra la mercantilización de la vida, es la defensa del sujeto. La lógica del mercado choca con la afirmación del sujeto. De esta manera la lucha de los movimientos sociales es por el rescate de la identidad del sujeto, que se encuentra perdida en medio de la globalización y el triunfo del mercado. Este conflicto pone al sujeto a cuestionar las formas de dominación y el modo de conducción de la vida misma, en sus diversos aspectos. Lo que en este contexto disputa el sujeto es el modo de utilización de los recursos y modelos culturales (Touraine, 1998).

Touraine enuncia como una característica de la acción de los movimientos sociales la lucha por la construcción de la democracia. La construcción de la democracia supone la afirmación del sujeto y sus derechos, es decir, supone una apuesta por el proyecto de vida del sujeto, por la defensa de su alteridad. Hoy el sujeto combate contra la exclusión y contra la privación de su identidad y afirma los derechos fundamentales, cívicos, sociales y culturales como constitutivos de esa identidad y en ello va su aporte a la democracia (Touraine, 1998).

Este sujeto está definido por identificaciones culturales. El elemento es un factor de identidad de los movimientos sociales, los cuales se definen mucho más por su origen y pertenencia que por su acción. De esta manera combinan el conflicto social en el que están con un proyecto cultural referido a un sujeto colectivo, depositario de una herencia cultural, que habla por sí mismo y que opone sus valores morales ante su adversario social. Los actores de los movimientos sociales en esta lógica van a actuar desde una mayor conciencia de sí mismos en tanto no se van a poner al servicio de ningún modelo de sociedad y de ninguna estructura o fuerza política. Sus acciones van a ser más de afirmación que de impugnación y sus objetivos van a ser positivos, es decir, van a ir más allá del puro y simple rechazo de lo que está mal, transformando e

l escenario político, despolitizando y desmilitarizando su acción y su presencia (Touraine, 1998).

De este análisis de Touraine se deriva para el caso concreto de los indígenas como movimiento en Colombia una caracterización. Touraine va a plantear, que las acciones colectivas de los movimientos sociales no están determinadas de manera exclusiva por las posiciones de clase y no hay un determinismo de acciones que se origine por ser tal o cual el actor o sujeto. La historicidad de las acciones va a posibilitar la emergencia de sujetos y acciones colectivas que no son necesariamente clasistas y que obedecen a elementos de identificación y reivindicación particulares y en pugna por ganar espacio en la discusión política.

Los actores de los movimientos sociales tienden a posicionar luchas relacionadas con los derechos, la reivindicación de la diferenciación y la construcción de la democracia. Esto precisamente porque la realidad política y económica en el mundo genera una ruptura entre lo social y lo político y casi que una desintegración de lo social y una preconización de lo económico como factor que rige sobre todos los elementos de la vida. Es en este contexto donde para el análisis de Touraine pierden fuerza los elementos de identificación de los movimientos sociales en torno a una clase social y a un determinado tipo de relaciones económicas.

Touraine plantea que desde la década del 80 los movimientos con mayor impacto son los que defienden derechos ligados a la cultura. Estos movimientos dirigen su lucha en nombre de valores que se pretenden esenciales para el conjunto de la sociedad. La reivindicación de estos movimientos está ligada a la defensa de los derechos culturales y sociales de individuos y de minorías que son colocados al margen por las relaciones económicas imperantes en el mundo. Al ser colocados al margen su condición de sujetos y de actores se activa en tanto luchan por la defensa del derecho de todos a una existencia libre y humana, por el derecho a la igualdad cultural, por la necesidad de defender los derechos en contextos en los que se desconoce la diversidad de los sujetos en la tentativa de homogenización propia del mercado globalizado (Touraine, 1999, pp. 56-61).

Los movimientos sociales vistos en esta perspectiva hacen referencia a los derechos de los individuos pero también de las mayorías y esto les confiere una gran importancia en tanto contribuyen a impugnar el orden dominante. Un ejemplo de ello para América Latina son los movimientos indígenas que han renunciado a las políticas de ruptura y se concentran en la afirmación de la identidad cultural desde unas líneas democráticas (Touraine, 1999, pp. 71-72).

La defensa que asumen los movimientos sociales desde esta postura teórica y en el contexto de la mercantilización de la vida en el mundo es por el ser

humano en relación con sus derechos universales como con su identidad particular. Se eleva a la categoría de lucha social la afirmación del derecho de todo individuo a la singularidad, a condición de que este derecho se les reconozca a todos los miembros de la sociedad. Touraine habla de una izquierda social en relación con los movimientos que parten de la idea de que estos mismos se conforman en torno a la defensa activa del derecho (Touraine, 1999, pp. 85-89).

Los tres elementos característicos de los movimientos sociales siguen presentes en el análisis que presenta Touraine. La identidad es una construcción que los movimientos sociales deben hacer. Dos ejemplos de esta construcción son el movimiento en Francia de los Beurs el cual emprende una reflexión colectiva hacia el reconocimiento de su identidad cultural como inmigrantes, en un contexto en el que se da poco reconocimiento a las minorías. El otro ejemplo es el de los homosexuales quienes en su lucha parten de adquirir una conciencia cultural como colectivo (Touraine, 1999, pp. 60-61) Una lucha similar por auto-reconocerse y por defender la particularidad de la condición étnica en el contexto de una nación que se auto-reconoce como mestiza es lo que va a caracterizar la construcción de la identidad por parte de los indígenas colombianos.

El elemento de la oposición se verá justamente en la identificación de unas lógicas y unos actores que marginan a sectores amplios de la sociedad y a las minorías. En este sentido la oposición se materializa a través de campañas en las que los movimientos sociales buscan oponerse al estado que se pone al servicio de las fuerzas económicas dominantes que generan marginación y desconocimiento de la diferencia y del derecho (Touraine, 1999, p. 89). En el caso colombiano buena parte de la oposición del movimiento indígena, como se verá en su momento, se dirigirá hacia el Estado, los gobiernos que lo conducen, las fuerzas políticas puestas en el gobierno, los sectores económicos que monopolizan el poder político y los sectores armados que se utilizan para la defensa de estos poderes.

Para ejemplificar la historicidad Touraine apela al caso de los movimientos de mujeres. "La acción de las mujeres da paso a un actor fundamental que permite la recomposición del mundo al posibilitar la superación de las oposiciones entre polos y jerarquizaciones, entre lo racional, burgués, masculino, occidental y lo irracional, femenino, popular e indígena" (Touraine, 1999, p. 77). En Colombia la lucha del movimiento indígena ha posibilitado la entrada en la discusión política de la existencia de grupos étnicos como parte de la configuración de la identidad nacional.

Un elemento muy importante de la configuración de las luchas de los movimientos sociales vistos en el contexto más reciente de posicionamiento del mercado como factor de dirección de la sociedad, como elemento aniquilador de lo social y como condicionante de lo político, es el rescate y la defensa

de la democracia. "La concepción democrática exige que todos los hombres y mujeres sean considerados posibles actores políticos" (Touraine, 1999, p. 85). En este sentido la principal disputa de los movimientos sociales en el actual contexto mundial es por tener una democracia que vaya en el sentido de la garantía de la consideración de todos los actores sociales como actores políticos. Para el caso del movimiento indígena colombiano como se verá en el desarrollo de este trabajo, su lucha estará encaminada a su configuración como actores políticos visibles en la nación, y en su dinámica de configuración como movimiento van a llamar a la sociedad al reconocimiento de la diversidad, a la construcción desde la diversidad combatiendo la exclusión y a la definición de temas de especial importancia para el país como el tema de la paz, contando con la participación de la mayor cantidad de sectores sociales.

Los movimientos sociales actúan en un contexto de crisis propiciado por la preponderancia de las relaciones de mercado y la desregulación de las mismas. La crisis en materia económica pone en evidencia que las relaciones entre los actores ya no están definidas por los antiguos conflictos de clase en torno a la producción y a la apropiación de los beneficios de la producción. Se ha vuelto difícil hablar de clases sociales porque las grandes categorías sociales se fragmentaron. Estamos entonces ante la emergencia de nuevos actores, que se unifican más allá de las formas clásicas del conflicto.

Estos actores se caracterizan por su diferenciación. El principio de unidad que los vincula va a ser el de la demanda de igualdad frente a los derechos humanos. Van a oponer a una sociedad globalizada el respeto de los derechos apelando a la categoría de sujeto. Su acción es una acción moral, en tanto apela al respeto por los derechos que son propios del sujeto humano. La acción moral enfatiza entonces en luchas humanitarias y en la reivindicación de los derechos de las minorías. La moral se opone al dinero. Solo el sujeto consciente de sus derechos puede oponerse al neoliberalismo que sometió a los seres humanos al mercado. La lucha de los sujetos es contra los efectos destructores de la globalización. En esta lucha y desde la acción moral los sujetos van a buscar la reducción de las desigualdades (Touraine, 2010).

Una tarea que tienen los movimientos sociales en esta perspectiva de reivindicación del sujeto, la identidad y los derechos, es que los actores sociales redefinan su identidad, que elaboren la conciencia de su adversario y que planteen unos objetivos de su lucha. Se mantienen los principios señalados por Touraine para la existencia de un movimiento social en el marco de un conflicto. La conciencia de sí, como un elemento de identidad, el actor la deriva de la conciencia de sus derechos y de lo que los amenaza. La conciencia del adversario se elabora a partir de la verificación de quienes se resisten a la transformación en aras del alcance de estos derechos. La historicidad supone por su parte la definición de unos objetivos del combate, es decir, de los recursos que se disputan, como recursos que pertenecen a todos. Los objetivos son el sujeto

humano en el reconocimiento del derecho de los otros. Esto supone la capacidad de asociar la diferenciación con el reconocimiento de los derechos. Alcanzar este proyecto de historicidad supone que el sujeto alcance una acción efectiva que transforme el universalismo de sus derechos en leyes que resistan a los desmanes de lo económico, que defiendan a los que no participan de los derechos y que estén en contra de quienes se apoderan del capital por vías corruptas. Se debe retomar el camino de la democracia defendiendo para el individuo-sujeto un espacio de libertad en el que éste no se someta ni se reduzca (Touraine, 2010).

Es necesario entonces que se operen transformaciones en el campo de lo económico, lo político y lo social. Se debe renunciar a un modelo de producción que ponga en riesgo la vida, para lo cual se impone una desaceleración del consumo. La producción debe ser gobernada atendiendo a las necesidades del planeta. Todos los países deben someterse a regulaciones internacionales en materia de salvaguarda del planeta. Lo que está en el trasfondo de esta nueva dinámica de lucha es la vida misma como un valor supremo y el derecho como una categoría universal (Touraine, 2010).

Para este trabajo hay dos ideas que revisten especial importancia, además de la caracterización de los movimientos sociales que ya ha sido presentada. Una es la comprensión de autonomía de los movimientos sociales. La otra el concepto de democracia. Interesa la idea de democracia pues en este trabajo se pretende tener una mirada del aporte del movimiento indígena a la construcción de la misma en Colombia en un contexto de conflicto social y armado. Interesa el tema de la autonomía del movimiento indígena frente a algunos sectores de la izquierda pues es justamente la pérdida de autonomía uno de los factores que puede condicionar el aporte del movimiento indígena a la construcción de la democracia en el país.

Autonomía en los movimientos sociales

Tema de especial importancia para este trabajo es la relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas en lo que tiene que ver con la autonomía en esta relación. El papel político del movimiento indígena será visto desde su aporte a la construcción de la democracia entendida de esta manera. Interesa rastrear la autonomía de expresiones del movimiento indígena colombiano respecto a las organizaciones de izquierda armada justamente porque hay en la comprensión de ambos polos de la relación diferencias que pueden entrar a chocar con la construcción y el aporte que para el país pretende el movimiento indígena. La democracia se entiende de manera sintética desde el planteamiento de Touraine de inclusión en el escenario político de los sujetos desde sus diferencias y a partir de la equidad que supone el reconocimiento de tales diferencias. Cualquier intento de homogenización o de anulación de la diferencia será un retorno a las comprensiones revolucionaria o liberal de democracia.

En la búsqueda de la democracia real cobra valor la autonomía de los movimientos sociales respecto de las formas que intentan imponer las fuerzas políticas. Touraine reconoce que con frecuencia los movimientos sociales son utilizados por grupos exteriores a los mismos que pretenden canalizarlos en su propio beneficio. Esto les genera en sus dinámicas dependencias en relación con fuerzas políticas e ideológicas que por sus mismas definiciones desconfían de la existencia de actores autónomos. Tales fuerzas, por la definición misma de sus postulados ideológicos, cuyo contenido casi exclusivo, es la denuncia del orden establecido, se consideran como vanguardias en la lucha política y se arrojan la tarea de conferir sentido y organización a los actores sociales. Se da una tendencia en la relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas de izquierda a instrumentalizar la acción de los movimientos sociales (Touraine, 1999, pp. 57-58).

Touraine sugiere que la existencia de movimientos sociales demanda la necesaria independencia entre la acción política y movimientos sociales; en este sentido mantiene continuidad con el análisis de los casos de movimientos sociales en Latinoamérica. "Nuestra definición de movimientos sociales sugiere que han de ser por naturaleza independientes de las fuerzas políticas" (Touraine, 1999, p. 19).

Touraine reconoce de parte de la extrema izquierda una voluntad por desconocer la autonomía de los movimientos sociales. Plantea que ésta habla de poder y dominación en términos que no permiten la autonomía de otros. Dentro de los planteamientos de la izquierda está hacer estallar las contradicciones del sistema al igual que direccionar en este horizonte a los movimientos sociales (Touraine, 1999, p. 94). Esto es contrario a la construcción de democracia propia de los movimientos sociales. Touraine dirá que en la medida en que hay un mayor dominio sobre un movimiento social por parte de un poder político más difícil es que se constituya una sociedad democrática (Touraine, 1999, p. 94). El autor reconoce para el caso de los movimientos indígenas de América Latina que estos han sido utilizados a veces, por vanguardias revolucionarias. Esta es justamente la idea que se pretende verificar para el caso del movimiento indígena colombiano en este trabajo.

La autonomía es un valor esencial de los movimientos sociales. Los actores sociales en el contexto de sus relaciones con otros buscan su propia autonomía, lo que puede traducirse en que logren controlar sus condiciones de existencia (Touraine, 1998, p. 32). Touraine reconoce sin embargo que existen fuerzas que no quieren que un grupo social defienda su identidad y existencia. Tales fuerzas, dirá el autor, dan la espalda a los principales movimientos sociales mientras luchan por impugnar un sistema político y un orden económico. Dan la espalda de alguna manera al curso de la historia en lo que tiene que ver con los actores sociales (Touraine, 1998, p. 65).

Aporte de los movimientos sociales a la democracia en medio del conflicto armado

En los movimientos indígenas de América Latina Touraine va a evidenciar un aporte significativo a esta idea de democracia, entendida desde el reconocimiento de las diferencias y la igualación a partir de esta condición universal que es la diversidad. Estos movimientos indígenas articulan la defensa de la identidad étnica con la búsqueda de la participación democrática en el sistema político (Touraine, 1998, p. 19). Buena parte de la experiencia del movimiento indígena colombiano, a partir de su participación en la asamblea constituyente, es su voluntad de conducir su visión de la democracia desde los escenarios de poder y determinación conquistados a través de la contienda electoral en las regiones en las que como indígenas es mayoritaria su presencia. Pero su participación en ese elemento de la dinámica política no se reduce a estos escenarios locales. Parte de su estrategia de lucha política ha sido y sigue siendo el llegar a los escenarios nacionales de conducción de la vida política. Se registran muchos intentos de conformación de movimientos y partidos desde los sectores indígenas. Desde ellos se han avalado diversas candidaturas a distintas corporaciones. Justo en el hoy del debate político, de cara a las elecciones de 2014 se habla de la candidatura para la presidencia de la República de Feliciano Valencia, un líder del norte del Cauca. De manera que el movimiento indígena ha sabido combinar la lucha social y la participación en el escenario electoral, en una lógica de hacer de su lucha una disputa política en todo sentido.

Este tipo de dinámica de articulación de la identidad con la participación en el escenario político se hace justamente para reivindicar el derecho que asiste a la diferencia y la no exclusión en razón de la misma, va a ser una condición de la existencia de movimientos sociales en el mundo contemporáneo. La condición de posibilidad de los movimientos sociales en este mundo está dada por la capacidad de las mayorías de actuar en tanto sujetos, es decir de insertarse en la modernidad de la vida económica manteniendo la identidad y las tradiciones culturales. Llevar esto a los escenarios nacionales de deliberación política es uno de los principales logros del movimiento indígena colombiano.

Tensión entre organizaciones sociales y organizaciones políticas

Ya se han presentado los planteamientos teóricos que van a conducir este trabajo. Se hará una mirada de la relación entre un sector del movimiento indígena colombiano y las más importantes expresiones de la insurgencia armada en el país. La mirada se hará desde la verificación de la manera en que se evidencian en esa relación dos categorías de análisis. Una es el concepto de autonomía y la segunda, derivada de esta, la democracia vista desde el aporte que a la construcción de la misma pueden estar haciendo los indígenas en el país. Ahora, es pertinente hacer una revisión de algunos estudios muy puntuales que explo-

ran la relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas, siguiendo la perspectiva de verificar su aporte a la democracia y la manera en que su autonomía favorece este aporte. Algunos de estos estudios se ocupan estrictamente del tema indígena en Colombia.

Arturo Fernández caracteriza los movimientos sociales, en su relación con los partidos políticos y el Estado, como expresión de la desconfianza de los ciudadanos en el Estado, en particular, en los Estados autoritarios que protagonizaron el panorama político latinoamericano en las pasadas décadas. La lucha por la democracia se convierte en el discurso y el elemento en disputa que enarbolan los movimientos y que les da una vitalidad particular. Plantea que los movimientos sociales impulsan en la sociedad nuevas formas de hacer política que van más allá del ámbito de las relaciones puramente estatales (Fernández, 1992, p. 33).

El autor hace un balance de algunas perspectivas teóricas en torno a la relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas. Un primer enfoque considera connatural a los movimientos el actuar como partidos, dentro de los mismos y en procura del acceso al poder. En este sentido son instrumentos del sistema de partidos, a manera de expresiones pre políticas que necesariamente devienen en instrumentos para la acumulación de poder político. Según esta perspectiva los movimientos y los sujetos populares están destinados a cohesionarse en torno a un partido de vanguardia.

Otra línea de interpretación es la que plantea que el papel de los movimientos sociales frente al estado es el de ser una suerte de conciencia crítica que dimana de la sociedad civil. Partiendo de la crisis de los partidos políticos sostienen que lo propio de los movimientos sociales es el impulso en la sociedad de nuevas formas de hacer política que van más allá del ámbito de las relaciones puramente estatales (Fernández, 1992, p. 33). La novedad que se le reconoce a este accionar político parte del supuesto de que en el tipo de relaciones construidas por los actores de los movimientos hay un grado de democratización del que carecen los partidos políticos y que puede favorecer el impulso de relaciones similares a unos niveles más amplios. Otra virtud que se atribuye desde este enfoque a los movimientos es su apuesta por el fortalecimiento de la sociedad civil y el impulso de acciones de participación política en las que se vinculan ciudadanos que cotidianamente no lo hacen ni adhieren a los partidos.

Un tercer enfoque considera que a los movimientos sociales no se los debe leer en clave política, entendida esta como la lucha por el poder. Su actividad no se reduce a impulsar nuevas formas de acción política sino sobre todo al impulso de nuevas formas de relaciones sociales y de organización a través de acciones colectivas cargadas de significación. El poder por el que pugnan se expresa de manera preferente en la posibilidad de tomar la palabra por parte de los ciudadanos y decidir con libertad sobre lo que se considera satisfactorio

para la vida. Finalmente el autor se pregunta si para impulsar los cambios que la sociedad demanda bastará con estas acciones de conservación o mejor, si es posible concebir transformaciones en la sociedad sin haber desplegado una práctica de acumulación de poder que haga ceder al estado. En esta pregunta va implícita una conclusión anticipada por el autor desde el principio y es que resulta difícil pensar los movimientos sociales al margen del estado al que pueden presionar o en el que se pueden apoyar y al margen de los partidos cuyo papel en la historia es y seguirá siendo el de recoger las necesidades de amplios y diversos sectores de la sociedad y traducirlos en posturas políticas que se someten al escrutinio popular (Fernández, 1992, pp. 35-37).

Una línea interesante de reflexión introducida por el autor es la relación que se reconoce casi desde la misma definición de movimientos sociales entre estos y la democracia. "Una sociedad civil vigorosa –sustentada en el dinamismo de las organizaciones populares– puede evitar el retorno del autoritarismo y también exigir las transformaciones sociales y políticas que proporcionarían mayores grados de justicia y libertad al conjunto de la sociedad" (Fernández, 1992, p. 49). Finalmente una mención sobre la autonomía que resulta interesante para el presente estudio. La autonomía, plantea este autor, es también lesionada por la cada vez mayor dependencia de la cooperación económica por parte de entidades, instituciones o agencias que eventualmente terminan suplantando a los sujetos sociales de los movimientos e incluso manejando sus agendas y apuestas políticas.

La principal conclusión del autor frente a estos temas es que las aspiraciones de los movimientos sociales se pueden ver frustradas si no cuentan con un partido político que las represente y esto puede suceder también, por la hostilidad que profesen los movimientos sociales hacia los partidos. Solo si las organizaciones políticas sólidas logran encauzar las demandas de la sociedad civil, esta podrá articularse armoniosamente con el Estado ganando terreno al autoritarismo y avanzando en el logro de libertades mayores.

Finalmente una pregunta del autor ¿es tan real y esencial la actual autonomía de los movimientos respecto del Estado o se trata de una relación coyuntural que puede irse transformando de conformidad con los vaivenes históricos? (Fernández, 1992, p. 53). La pregunta es de suma pertinencia y sugiere una nueva que el autor no aborda y que se constituye en un terreno a explorar sobre el cual este no se ocupa ¿Qué correlación existe entre la autonomía de los movimientos y su vocación democrática?

Riechmann y Fernández ofrecen una caracterización de los movimientos sociales desde su acción. Los presentan como ofensivos o defensivos, con preponderancia masculina o femenina, propensos a la lucha armada o pacifistas. Para diferenciarlos también, los autores acuden a las causas de su aparición. Unas causas son las contradicciones estructurales entre capital-trabajo, hom-

bre-mujer, industrialismo-preservación de la biósfera. Estas distinciones lo que indican es que hay que reconocer una inmensa pluralidad de expresiones sociales que pueden ser calificadas como movimientos.

Los autores logran ubicar el desarrollo de los movimientos sociales en relación con los partidos de izquierda en la Europa del 68. Metodológicamente lo que hacen es reconstruir el accionar de los movimientos apelando a la ubicación del mismo desde una mirada histórica. Resaltan, también, unas categorías de la discusión política que van calando en el accionar de los movimientos sociales.

En este examen de la acción histórica de movimientos sociales los caracterizan como agentes movilizadores cuyo poder no está determinado por su institucionalización, sino, por su capacidad de colocar en la sociedad los temas políticos y a la sociedad en el ejercicio político. Se caracterizan por el pluralismo y la diferenciación interna que deriva en tendencias y corrientes. Se colocan frente a la realidad social con una vocación frente al cambio, lo provocan o lo impiden, no desde la subversión total, sí desde la búsqueda de transformaciones estructurales. Ubican siempre otro para la confrontación, lo mismo que el elemento en disputa; lo encuentran o lo construyen. Logran una cierta continuidad en el tiempo, lo que los diferencia de movilizaciones ocasionales. Poseen un alto nivel de integración simbólica, que se manifiesta en la pertenencia al grupo y en el desarrollo de una identidad colectiva. El grado de especificación de los roles es bajo en tanto entre ellos no se presenta algo así como una militancia formal.

La presencia de los movimientos obreros y los partidos de corte socialista en el escenario político hace que los nuevos movimientos sociales desplacen su accionar hacia las márgenes de la social democracia ganando así mayor autonomía en los contextos donde tales partidos y expresiones del movimiento obrero no poseen tanta fuerza. En cambio, cuando los movimientos van relacionándose más con estos partidos hasta el punto de confundirse en los roles y la acción; cuando se da una vinculación más explícita a estos partidos por parte de los actores provenientes de los movimientos sociales, estos van a pretender la transformación interna de los partidos y van a buscar las transformaciones en la sociedad desde los mecanismos que ofrece la conducción del gobierno.

Para algunos autores los movimientos surgen ante la incapacidad de los sistemas institucionales para responder a las problemáticas sociales. En el caso de Latinoamérica el momento fuerte de protagonismo de los actores de los movimientos está dado por la exacerbación de las consecuencias nocivas de la implantación del modelo neoliberal. Estos movimientos, ante esta incapacidad de las instituciones, van a plantear su accionar, muchas veces, por fuera de los cauces políticos establecidos. No se desconoce una tendencia a la institucio-

nalización por parte de los movimientos, sin embargo, esta va mucho más allá de la simple conformación o afiliación a partidos políticos. Se valida entonces una cierta relación entre movimientos sociales y Estado sin que, de suyo, esta signifique pérdida de la autonomía (Riechmann y Fernández, 1994).

La plena institucionalización y la pérdida de autonomía se dan solo cuando toda la actividad de los movimientos se agota en un comportamiento organizativo pautado. Cabe ver en este momento el sacrificio de la dinámica de los movimientos. En la integración de los movimientos a fuerzas políticas se opera una cierta pérdida de autonomía que se manifiesta en reducción del juego político de sus miembros (Riechmann y Fernández, 1994).

Los autores llevan el estudio hasta hacer el seguimiento de la transformación de estos movimientos en partidos. Algunas de las características de esta transformación son las siguientes: los movimientos son impulsados a hacerse partidos por la presión de la especialización y diferenciación de las sociedades y en ella de los subsistemas. Los movimientos sociales acceden a ser partidos en su deseo por jugar en la escena política. Estos partidos constituyen un momento de institucionalización de los movimientos, pero los autores creen que no es la plena institucionalización y que este tránsito lo que hace es enriquecer la dinámica política de la participación a través de partidos. Un solo ejemplo de ello es la incorporación del repertorio ecologista en todos los partidos políticos en Europa (Riechmann y Fernández, 1994).

Un ejemplo que traen los autores es la construcción de los partidos verdes que se da por el establecimiento de diálogos y convergencias entre diversas corrientes que confluyen en el movimiento ecologista. Consolidados estos partidos y vista su experiencia por los autores, se concluye que los partidos tradicionales pueden ser desafiados por los movimientos sociales y lo pueden hacer con éxito. Los partidos verdes se constituyen en una nueva manera de ser partidos políticos. Lo hacen al incorporar muchas de las dinámicas de su origen de movimientos. Estos partidos logran jalonar en la izquierda un sentido emancipatorio para sus luchas. En líneas generales la incorporación de estos partidos va a significar una transformación de la cultura política entre los europeos (Riechmann y Fernández, 1994).

Muchos autores estudiosos del tema concluyen que en la integración de los movimientos a partidos políticos se opera una cierta pérdida de autonomía que se va dando de manera simultánea con el proceso de institucionalización que se da y que se manifiesta en burocratización de sus órganos o reducción del juego político de sus miembros en el marco de las formas burocráticas de los partidos, bien sea por desarrollo de sus propias tendencias organizativas o bien por la pertenencia a partidos políticos (Riechmann y Fernández, 1994).

Otra conclusión que extraen los autores a partir de la mirada de este proceso histórico de devenir de los movimientos sociales en partidos políticos es que

en el diálogo que se va dando entre los repertorios que son bandera de los movimientos sociales en Europa y las acciones tradicionales de los partidos en su deseo de acceder al poder, se van depurando, concretando e incluso desideologizando las propuestas de los movimientos, máxime cuando se ven enfrentados al ejercicio real de la política e incluso del poder (Riechmann y Fernández, 1994).

Una consecuencia positiva de este devenir de los movimientos en partidos políticos es que en la tentativa de ser fuerza para las contiendas electorales se opera la fusión de varios movimientos lo que permite el avance de una de las principales metas de los movimientos sociales y es la de la articulación en torno a plataformas de acción común. Los autores ofrecen el ejemplo de la confluencia en el partido verde de movimientos feministas, pacifistas y ecologistas, tres de las principales vertientes de los nuevos movimientos sociales en la época en la que inscriben la correlación (Riechmann y Fernández, 1994).

En la clasificación de los movimientos de acuerdo a sus formas de acción los autores consideran la posibilidad de formas violentas de confrontación al estado. Es evidente que la interpretación de los autores frente a la acción colectiva se inclina por la canalización de las demandas de los movimientos a través de vías institucionales y por ello ven con buenos ojos la incorporación o la transformación de los movimientos en partidos. Esta línea de análisis excluye la influencia que en los movimientos pueda tener el encuentro con expresiones del movimiento social que han optado por la confrontación armada al estado. Esta es una variable de la relación que establecen los movimientos con otros actores que interesa explorar en la línea de verificar como afecta su autonomía y con ello el ejercicio de la democracia.

Christian Adel Mirza compara en distintos países de América Latina la manera en que se da la relación en el escenario político entre movimientos sociales y partidos políticos. Los movimientos sociales son caracterizados como sujetos colectivos portadores de proyectos democratizadores innovadores, que se inscriben en la confrontación política en el marco de un panorama regional signado por las desigualdades y la exclusión social. Dentro de las principales constataciones que se logran en la mirada de los movimientos y su relación con los sistemas políticos se establece que ante el frecuente escenario de pérdida de espacio por parte de los partidos políticos los movimientos van ganando espacio en la representación social. El desasosiego de las personas ante los sistemas y los partidos políticos posibilita el acrecentamiento de las identidades de los movimientos que lanzan sus programas basados en ese desasosiego pero con la esperanza de vencerlo.

En la correlación entre los movimientos y los partidos y sistemas políticos en los países con sistemas mucho más institucionalizados se evidencia un menor énfasis en la movilización confrontacional por parte de los movimientos. En el

evento de la aparición de fracturas en el sistema político se constata el avance de la movilización por parte de los movimientos, lo que indica que estos han sabido aprovechar las grietas y fracturas de los partidos y del sistema. La convergencia de actores no significa subordinación sino más bien la puesta en común de agendas y el establecimiento de convergencias. Los movimientos no se ven sacrificados y su autonomía se mantiene, lo que permite que se mantenga su vocación de constructores de democracia (Mirza, 2006).

En los análisis presentados hasta el momento hay luces importantes para el tratamiento de la relación entre estado, movimientos y partidos políticos. Un camino que se abre es el de la interpretación de esta relación desde dos categorías, la autonomía y la construcción de democracia por parte de los movimientos. Para algunos de los autores la relación entre estos actores favorece el logro de la democracia. Para otros lesiona la autonomía de los movimientos y con ello su papel de agentes impulsores de la democracia. Hay sin embargo en los estudios citados un vacío que tiene que ver con la caracterización de la relación con la insurgencia, no como un actor exclusivamente ligado al ejercicio de la violencia sino como un actor político en el marco de un conflicto político. Los siguientes estudios ahondan en este tema. Uno de ellos abordándolo desde el estudio de caso de una de las organizaciones insurgentes en el país.

En el caso particular de la relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas ligadas a la insurgencia armada en Colombia, hay que mencionar que la irrupción del conflicto armado en la lucha social tiene un elemento determinante en la manera en que se ha dado la relación entre la llamada izquierda política y los movimientos sociales o también llamada izquierda social. Las organizaciones de izquierda se consideran las vanguardias de la lucha de clases, asumiendo posturas dogmáticas.

La opción prioritaria de esta izquierda es la militar pues plantea la inminencia de la revolución del sistema. Se apoya para esta opción en los campesinos como material de guerra pero desconfía de ellos y duda de su espíritu revolucionario. Poca atención le merece "las particularidades culturales, ambientales, étnicas y de género de las luchas sociales, las cuales son subordinadas a una lectura política que pensaba que la economía o el desarrollo eran el motor de una historia marcada por la experiencia europea" (Archila, 2008, p. 301). Esto hace que la izquierda política no logre constituirse en interlocutor de los sectores sociales a los que pretenden representar (Archila, 2008, p. 302). La izquierda política sospecha de la democracia y la califica de burguesa, como una dictadura de las clases dominantes. De esta manera miran con desprecio lo electoral y consideran que el abstencionismo es sinónimo de ser revolucionario (Archila, 2008, p. 304).

Hay una creciente opción en la izquierda por la lucha armada (Archila, 2008, p. 307). Esta apuesta está ligada a la presión del entorno político represivo y

excluyente y a una lectura de la historia que privilegia los medios sobre los fines al considerar inminentes los fines. Esto hace que se privilegie la estrategia militar sobre la política (Archila, 2008, p. 308). El vanguardismo presente en el imaginario de la izquierda política le hace creer que interpreta adecuadamente las necesidades de la sociedad. Por esta razón no considera válida la perspectiva de los diversos actores sociales a los que se dirige de manera autoritaria. El sector social al que ésta privilegia es la clase obrera por creer que es la vanguardia en cuya liberación se encarna la liberación de toda la sociedad. A esta izquierda le cuesta trabajo entender conflictos que no se amoldan al esquema interpretativo de la lucha de clases (Archila, 2008, p. 312). Los paradigmas ideológicos que en ella imperan privilegian la cuestión obrera y la lucha armada, en un país con un buen componente rural y cuyo antecedente de violencia en el campo es leído por las organizaciones que pregonan la lucha armada como una condición pre revolucionaria.

A partir de la década del 70 la izquierda política y la izquierda armada comienzan a acercarse a los actores de los movimientos sociales. Lo hacen para buscar acumular fuerzas y en este sentido instrumentalizan las luchas de estos actores y los subordinan. Mientras que las organizaciones sociales buscan y consiguen autonomía frente a los partidos tradicionales, terminan perdiéndola frente a la izquierda política y la izquierda armada que buscan hegemonizar en la relación con las organizaciones sociales.

Para las guerrillas la lucha reivindicativa de las organizaciones sociales es secundaria frente a la opción armada. La acción de las organizaciones y estas mismas son útiles desde su perspectiva para el reclutamiento de combatientes y para apoyar logísticamente la lucha armada. Desde su lógica militarista la guerrilla, a partir de los 70, comienza a intervenir en las acciones de movilización de las organizaciones sociales y comienza a infiltrarse en sus cuadros directivos hasta el punto de llegar a presentarse en escenarios públicos reivindicando la pertenencia de actores u organizaciones a su estructura. En la ANUC esta presencia va a llegar al punto de generar discusiones en su interior y la conformación de un bloque maoísta (Archila, 2008, p. 317). Este va a ser un tema que va a significar distanciamiento de los indígenas respecto a la ANUC.

La izquierda política sin embargo le va a hacer aportes a las organizaciones y movimientos sociales en materia de posicionamiento en el ámbito nacional e internacional. Para el estado esta relación va a ser un caballo de batalla desde el que justificará las medidas de excepción y la represión de la movilización y de los actores sociales. Para el estado y algunos grupos de poder es necesario impedir la politización de los actores sociales. Esto es importante para impedir que hagan cuestionamientos de fondo al orden social (Archila, 2008, p. 324).

La izquierda colombiana instrumentaliza lo social para fines políticos. Esto hace incapaz a la izquierda de canalizar por la vía política las demandas de los actores

sociales, generando un vacío de mediación entre las organizaciones sociales y la política. Este vacío es el que hace que las organizaciones sociales se lancen con poco éxito a la contienda política o que terminen por respaldar a los partidos tradicionales (Archila, 2008, p. 327).

Cristina Escobar y Francisco de Roux presentan la manera en que se da la relación de los movimientos sociales con el Estado colombiano. A partir de la década del 60 se adelantan por parte del estado unas reformas que intentan dar cabida a las demandas de sectores populares. Estas reformas logran abrir unos canales de participación que son aprovechados por los sectores populares para comenzar a plantear su situación desde su propia voz. Dos casos concretos se citan frente a este punto. Los indígenas comienzan a actuar como sectores organizados, desde los canales abiertos por las reformas estatales. Los campesinos actúan colectivamente desde una política sistemática de toma de tierras amparados en la reforma agraria (Escobar y De Roux, 1989, pp. 202-203).

Los movimientos también comienzan a recibir la influencia de los partidos de izquierda. En el caso de los campesinos sus movimientos van a ser penetrados directamente por partidos de corte maoísta. Los movimientos obreros van a ser influenciados y apoyados fuertemente por el partido comunista. Esta influencia se va haciendo fuerte en tanto las medidas del estado van perdiendo fuerza, los partidos tradicionales van siendo cada vez menos representativos y el Estado se va tornando en un Estado autoritario. El descontento popular es cada vez mayor y la capacidad estatal de mitigarlo menor. Los partidos de la izquierda logran influir ideológicamente en los movimientos y dar espacio a unos sujetos que no estaban siendo recogidos con las políticas del Estado.

Los movimientos no lograron encontrar verdadera cabida en el espacio de los partidos. De otro lado la izquierda tuvo bastantes dificultades para consolidarse como una alternativa capaz de canalizar las demandas de los movimientos sociales y de los sectores populares. Algunas de las causas identificadas por los autores para explicar esta situación son: las divisiones internas, la introducción de modelos extranjeros, la imposibilidad práctica de hacer alianzas entre el sector campesino y el obrero por la diferencia de presencia de las distintas corrientes de la izquierda que influyen en cada movimiento, la inflexibilidad ante algunas coyunturas, la pretendida cientificidad marxista que excluye visiones de arraigo cultural entre los sectores populares y la intransigencia en posiciones ideológicas entre las que se encuentra la postulación de la lucha armada por encima de cualquier debate político o ideológico. Esta última posición, al lado de una realidad en la que el escenario de acción de los movimientos sociales es también territorio de confrontación, ha hecho que se demerite en algunos sectores y regiones la lucha ideológica o política privilegiando la confrontación armada (Escobar y De Roux, 1989, pp. 210-211).

La conclusión que arroja este panorama ofrece elementos para entender la realidad de los movimientos sociales y su papel en la lucha política en Colombia. El país se ha caracterizado por la exclusión política y económica. Un elemento que caracteriza los movimientos en el país es la desarticulación de los mismos y su limitada capacidad para incidir de manera exitosa en la escena política. Los autores asocian esta realidad con la tradición histórica que ha mantenido al margen de la vida política y económica a los sectores populares (Escobar y De Roux, 1989, p. 214). La falta de una memoria y tradición de participación en el país, la fuerza en materia de presencia en las regiones que han tenido la lucha armada y la violencia como recurso exclusivo de algunos sectores para manifestarse, hace urgente la tarea, al interior de la izquierda y de los movimientos sociales populares, de avanzar en la consolidación de una "tradición de participación y deliberación en el nivel de las clases subordinadas" (Escobar y De Roux, 1989, p. 214).

Álvaro Camacho persigue demostrar la tesis de que en el país se da un proceso general de informalización de la sociedad del cual hace parte la informalidad política. Los movimientos sociales y populares son expresión de esa informalidad. Inicialmente el autor establece las principales diferencias entre partidos políticos, expresión de la formalidad política, y movimientos sociales, los cuales ubica en terreno de la informalidad política.

El accionar de los partidos políticos se caracteriza por establecer una relación de intercambio entre el partido y los electores, una relación que es calificada por el autor como de instrumentalización de los electores con el único fin de la toma del poder del Estado. Los movimientos sociales por su parte establecen con los sujetos relaciones que no son de intermediación sino de representación directa de los sujetos, de procura de las exigencias comunitarias de los mismos y de interacción directa con el estado. Los movimientos no tienen como fin primordial la toma del poder del Estado y en muchas ocasiones entran en confrontación con éste en procura de las reivindicaciones sociales de los sujetos sociales populares. Camacho reconoce sin embargo que siendo tan marcadas las diferencias entre movimientos y partidos se dan casos particulares en los que el impulso a los movimientos sociales es determinado por intereses de partidos o miembros de partidos. Se da también la transición de movimientos a partidos. El autor ve este último caso como una amenaza para la duración de los movimientos.

El autor aborda la relación de los movimientos sociales con la insurgencia armada en Colombia, desde la relación de los movimientos con la violencia. El autor reconoce la existencia, en el origen y desarrollo de los movimientos, de la amenaza de la violencia represiva que tiende a contrarrestar la acción de estos. Las guerrillas, dice, tienden a suplantar a los sujetos sociales, a expropiar sus intereses, a imponer sus propias lógicas sobre los intereses colectivos de los sectores populares. A partir de la imposición de sus lógicas presionan el

ejercicio de la violencia como herramienta de acción, menguando el ejercicio autónomo por parte de los actores sociales de los movimientos. El reclamo que hacen los movimientos a los grupos armados cuando incursionan en sus territorios contiene un reclamo por el respeto de su autonomía. La permanencia del agente militar se traduce en renuncia de las comunidades a su propia representación y al ejercicio de sus potencialidades, lo que es también una lesión a su autonomía. La preconización de la solución violenta a los conflictos amenaza la subsistencia de los actores. La introducción en sus ámbitos vitales de relaciones de autoridad validadas por la posesión de armas y la amenaza a la vida, violenta las relaciones entre los miembros de los movimientos, lo que amenaza su estabilidad y estrecha sus perspectivas de acción, lo que a su vez genera una crisis de representación que confiere terreno a la violencia (Camacho, 1988).

La conclusión del autor es que los movimientos están obligados a confrontar la violencia que se da tanto en las relaciones del Estado frente a los ciudadanos como en las relaciones entre los ámbitos público y privado. Estos tienen también la obligación de presionar al Estado para que sea garante de la vida. Esta presión no significa el tránsito de los movimientos hacia formas burocráticas de participación política, pero tampoco la hipoteca de las comunidades, los procesos y su autonomía a los partidos (Camacho, 1988).

El autor considera el elemento de ejercicio de la violencia por parte de las guerrillas hasta el punto de asumir frente a estas acciones violentas, una crítica. Su constatación es que en la injerencia de la insurgencia en los procesos populares y los movimientos sociales lo mismo que en la injerencia de los partidos, está presente el peligro de sacrificar la autonomía de los actores populares y la capacidad de los movimientos de representar a los sectores populares. Queda sin plantear para este autor lo que sucede en el caso de una relación exclusivamente ideológica o incluso programática, sin la mediación de la violencia, entre la izquierda revolucionaria insurgente y los movimientos sociales. El autor reduce la relación al campo militar y desconoce la posibilidad de que se dé el carácter de actor social por parte de quienes pertenecen a las guerrillas.

Alba Nubia Rodríguez plantea que la insurgencia armada puede ser vista como una forma de acción colectiva. Así se auto reconocen y así conciben su acción. En su trabajo político interactúan, discurren y convergen con otras organizaciones sociales, con otras formas de acción colectiva y otros actores colectivos que no son parte de la organización insurgente. De otro lado la forma de vinculación de algunos militantes supone el establecimiento de una relación de cooperación con sindicatos, grupos universitarios y grupos religiosos desde los que se contacta al grupo clandestino. De estos dos aspectos mencionados es posible deducir una permanente relación entre los movimientos sociales y la insurgencia armada como actor político. La autora enuncia una relación que es política y no solo militar, de amenaza o de presión (Rodríguez, 2005).

En relación con el movimiento indígena María Teresa Findji en el texto: Movimiento social y cultura política: Apuntes para la historia del movimiento de autoridades indígenas en Colombia hace un estudio de la historia de este en el que destaca que a partir de la década del 70 los indígenas comienzan a celebrar asambleas y participar en eventos ligados al tema de la tierra y los derechos. Van a comenzar a hacerse visibles y a ganar protagonismo en la escena nacional. El CRIC y la OIA van a celebrar asambleas en 1973 con amplia participación de indígenas y de sectores que se solidarizan con ellos y los apoyan. En torno a la ANUC se van a gestar también reflexiones sobre el problema de la tierra que van a contar con la presencia y con la particularidad temática de los territorios indígenas. El CRIC va a surgir a partir de la necesidad de defender el derecho a la tierra y apelando a la existencia de la figura del Cabildo en la cual hay un reconocimiento por parte de la población indígena. El Cabildo será la base material para la conformación de esta organización en 1971. Se va a dar en el Cauca un proceso de recuperación de tierras que están en manos de terratenientes, a través del trabajo comunitario de las mismas (Findji, 1992).

En este sentido una primera modalidad de organización y acción de esta parte del movimiento está referida a la comunidad indígena que trabaja estas tierras. De esta manera recuperan para los resguardos tierras que han sido despojadas a los indígenas y anexadas a las grandes haciendas. Esta lucha por la tierra fue haciendo fuertes a las comunidades y a los cabildos logrando que estos se tornen en los conductores de estos procesos. La lucha por la tierra se convierte en lucha por el territorio a partir de la recuperación de la memoria de posesión y presencia en la región desde los cacicazgos. Esto hace que se haga fuerte la identidad indígena entre estos pueblos. Ya para finales de los 70 se van a comenzar a exacerbar las disputas por la conducción del movimiento entre el CRIC y la ANUC. Disputas alimentadas por visiones que pretenden imponer un discurso clausista de un lado e indigenista del otro (Findji, 1992).

Los indígenas guambianos comienzan también a entrar en esta dinámica de recuperación de tierras y de celebración de congresos en los que van fijando y fortaleciendo los discursos con los que se van presentando y posicionando su lucha en la sociedad colombiana. Ya para los 80 la lucha se traduce en lucha por los derechos de los indígenas y comienzan a cuestionar la legislación colombiana en lo tocante a sus pueblos. A partir de una propuesta de estatuto indígena que hace el gobierno sin consultar con las comunidades indígenas en 1973 se va a dar una gran movilización reivindicando la autoridad indígena. Este es, en parte, un momento fundante del movimiento de autoridades indígenas del suroccidente. Como fruto de la movilización se logra una interlocución directa con las autoridades nacionales y un primer avance en el establecimiento de mecanismos de consulta ante las comunidades indígenas, aunque inicialmente y hasta 1988 el Estado solo va a reconocer la interlocución de la ONIC (Findji, 1992).

Nidia C. González, en un estudio sobre el movimiento indígena en el periodo entre 1990 y 2005, toma como punto de partida la coyuntura de la asamblea nacional constituyente en Colombia y se dedica a explorar el aporte que a partir de este momento realiza el movimiento indígena a la democracia. Un primer momento de este trabajo es la descripción de la manera en que se va a configurar la organización del movimiento indígena. Luego presenta su papel en la asamblea constituyente y a partir de allí su participación en el escenario electoral como sector organizado (González, 2006).

Las principales conclusiones de este estudio son que en este periodo y a partir de la mencionada coyuntura, el movimiento indígena logra distinguirse como una fuerza alternativa en el país que está en capacidad de hacer propuestas frente a los problemas de la realidad nacional. En este periodo logran desplegar alternativas que van a favorecer la consolidación como actor político y su incidencia en otros actores políticos en el país. A partir de la Asamblea Constituyente en la que con participación amplia a través de designados por elección popular se construye una nueva constitución en Colombia, y con ocasión del quinto centenario de la colonización el movimiento indígena emprende una iniciativa sistemática de reconfiguración y de posicionamiento político que va a tener frutos muy visibles en su participación en el debate político nacional en torno a la constitución (González, 2006).

Logran posicionar la idea de la pluriétnicidad en el país, el reconocimiento de las minorías, el reconocimiento de títulos colectivos sobre los resguardos que ancestralmente habitan y la destinación de recursos de las transferencias de la nación para el desarrollo en sus comunidades. Reiteran además su autonomía como pueblos con legislaciones y sistemas de justicia propios. Con la conquista de curules en el Congreso de la República van a apropiarse de un mecanismo de participación en el escenario electoral que les va a posibilitar una interlocución directa frente al Estado y la representación por esta vía de los intereses del movimiento (González, 2006).

Virginie Laurent hace un estudio en el que da cuenta de la participación de los indígenas en los procesos políticos electorales como un producto de la transformación en las formas políticas de la nación a partir de las conquistas del movimiento indígena. Para ello hace un recuento de algunos momentos importantes en la historia del movimiento indígena.

El movimiento indígena retoma la historia de lucha de los pueblos y comunidades indígenas desde sus reivindicaciones fundamentales en torno a la identidad, el territorio, la autonomía y la cultura. Este se fortalece de manera particular a partir de una serie de oportunidades y circunstancias que se van generando desde la década del 60 como los procesos de despertar de la conciencia indígena e indigenista en América Latina entre otros factores. De manera inicial se va a dar en el territorio nacional una lucha de los indígenas al lado

de la ANUC. En el departamento del Cauca, también a partir de esta alianza con los campesinos, pero de manera especial apelando al elemento territorial y a la autoridad tradicional que descansa en la base de los cabildos va a nacer el Consejo Regional Indígena del Cauca CRIC (Laurent, 2005).

Hacia 1971 esta organización indígena regional va a abanderar la pelea por la recuperación y ampliación del territorio de sus resguardos, por el rescate de la autoridad, la legislación y la historia tradicional, por el realce de la cultura y la lengua y por la defensa de los derechos de los pueblos indígenas. Además de estar apoyada en la autoridad de los cabildos, la organización va a plantear un método de acción que tiene que ver con la conformación de cooperativas no solo para el trabajo de la tierra, sino para la recuperación de la misma y su cuidado. Paulatinamente esta organización se fortalece y en 1981 logra visibilizarse en una movilización de carácter nacional (Laurent, 2005).

Poco a poco el número de organizaciones regionales aumenta en todo el país y en un encuentro de estas se teje lo que será la Organización Nacional Indígena de Colombia ONIC como expresión nacional de organización y articulación del movimiento indígena. En 1982 esta nace y se comienza a proyectar a escala nacional a través del apoyo a los procesos de formación y organización de los indígenas en las regiones y abanderando la lucha por la autonomía, el territorio, la autoridad ancestral, la medicina tradicional, la educación bilingüe y la defensa de los derechos y en procura de condiciones de vida digna para las comunidades indígenas. El movimiento indígena se fortalece, pero en este proceso se dan fracturas a su interior por visiones y por las formas de conducción del mismo (Laurent, 2005).

En este proceso van a tener que entrar en relación con la izquierda armada. Fruto de la represión desatada por los terratenientes, las organizaciones indígenas, en especial en el Cauca, van a apelar a las guerrillas para defenderse. Esta alianza lleva a las guerrillas a pretender el control del movimiento. De otro lado el dogmatismo de la insurgencia y la descalificación de las reivindicaciones indígenas van a ocasionar posiciones de choque entre los bandos. En el Cauca va a nacer un movimiento de autodefensa indígena, el Quintín Lame. Este grupo se propone apoyar los temas de la movilización indígena desde una lógica de respeto a las autoridades del mismo. Con el paso del tiempo y fruto de las divisiones al interior del CRIC se van a dar acusaciones y posiciones frente a la presencia de grupos armados en los territorios. El Quintín finalmente tiende a generar alianzas; en algunos casos va a ser absorbido por las otras guerrillas y terminará pactando con el gobierno en 1991 un proceso de desmovilización (Laurent, 2005).

El estudio luego de plantear las dificultades y aciertos de esta historia de movilización concluye que uno de los más relevantes aspectos del movimiento indígena en esta historia es el no haber limitado su acción y reivindicación al

ámbito exclusivo de su particularidad indígena, sino que ha logrado dialogar e insertarse en el conjunto de las luchas de otros sectores sociales del país, en la búsqueda colectiva por superar las condiciones de desigualdad impuestas por la clase dirigente. Esto hace de este movimiento un actor de primer orden en la construcción de la democracia en Colombia (Laurent, 2005).

Los estudios presentados hacen referencia a la relación entre movimientos sociales y fuerzas políticas representadas en partidos políticos y para el caso colombiano en la insurgencia armada. Estos estudios relacionan la acción de los movimientos sociales con el avance de la democracia y advierten los peligros de pérdida de la autonomía para los movimientos en esta relación con las fuerzas políticas, aunque consideran que en algunos casos las alianzas hacen parte de las dinámicas políticas propias de los movimientos sociales.

En los últimos 50 años de la vida política en Colombia se registra la entrada en el escenario de los grupos insurgentes. En su accionar comparten no solo el espacio geográfico sino también el político con los diferentes actores sociales entre los que se encuentran los movimientos sociales. En las regiones en donde se da el control militar y político por parte de la insurgencia, su accionar tiende en ocasiones a pretender la exclusividad en la conducción de las dinámicas políticas que allí se dan. Se opera entonces una pérdida de autonomía y la consecuente afectación del papel político de los movimientos en su aporte a la construcción de la democracia. Los estudios hasta ahora consultados solo logran dar cuenta de aspectos parciales de esta relación. Presentan a la insurgencia como actor violento o como actor social exclusivamente. Se avanza poco en la relación que se da entre la insurgencia armada con los movimientos sociales y se avanza menos en las implicaciones de esta relación sobre la autonomía y el papel en la construcción de democracia por parte de los movimientos sociales en Colombia.

Vale la pena resaltar de este balance presentado para el caso colombiano, que la relación entre el movimiento indígena como movimiento social y la vida política muestra un panorama en el que se da una clara voluntad del movimiento indígena de encauzar su acción en escenarios de orden político. Resalta aquí la participación en la Asamblea Nacional Constituyente y en los escenarios electorales. Hay incluso una participación política armada a través del movimiento Quintín Lame.

Si bien hay una voluntad de desmarcarse de la insurgencia como expresión política de la izquierda, esto no se traduce necesariamente en un total distanciamiento de las ideas y los ideales políticos, ni mucho menos, de las prácticas políticas. Lo que sí hay, y de ello se dará cuenta más adelante, es un intento del movimiento indígena por hacer su propio camino político, sin supeditarse a otros actores, pero sí con la clara voluntad de dialogar con ellos. De los elementos más relevantes en el panorama de este movimiento están la contundencia

de su participación en escenarios políticos y la clara permanencia de una reflexión y un discurso políticos en el conjunto de su accionar.

Dentro de los análisis que hace el mismo movimiento indígena se destaca que en la medida en que el movimiento indígena no ha subordinado su lucha a quienes han querido ser vanguardia exclusiva del proceso revolucionario, permitió avanzar con una voluntad de independencia y conservar una lucha local y regional avanzando en el alcance de reivindicaciones políticas desde la construcción de poder propio en las regiones y desde el aumento de la correlación de fuerzas en los territorios.

